

EL CURSO OCULTO – Máscara ceremonial de Javier Pérez

Selection from El curso que se puede discurrir no es el curso permanente

Nekane Aramburu

Publication: Pautas y Contrastes

Museo Nacional Centro Arte Reina Sofía Madrid, Spain 2000

(...)

Resulta imposible no conmoverse ante el misterio que emanan las obras de Javier Pérez; la huella del creador simbiótico que habita las obras permanece aún en la gelidez de la aséptica sala de exposiciones: presencia y ausencia para el espíritu cautivo.

Esta intimidad con el objeto es una constante tanto en sus máscaras como en sus vestidos, independientemente del medio con el que intervenga (el audiovisual, la escultura, la escritura, el dibujo o la performance): “la relación llega a ser a veces tan íntima que es difícil establecer dónde comienzan ella y dónde acabo yo”, afirma el autor. Es como si permaneciera una energía oculta, una especie de río interior que transita por sus obras y que viene a ser la esencia del autor.

Si tomamos una fotografía de una de sus producciones más recientes, como la presentada en la exposición de los premios Gure Artea *Máscara Ceremonial*, se hace difícil constatar la riqueza de matices que provoca la percepción de sus obras en directo. Puede sorprendernos esa capacidad por situar la pieza de tal modo que parece levitar o el aspecto fantasmal que adoptan los elementos naturales y orgánicos con los que acostumbra a trabajar; quizás podremos preguntarnos quién fue su huésped, el parásito que las habitaba, el *alien* errante en pos de otros cuerpos, pero las piezas escultóricas de Javier Pérez son para aprehenderlas frente a la rotundidad del objeto.

De esta forma, como si aún presenciásemos una especie de ritual catártico, la mirada puede detenerse ante el laborioso y complejo perfil de sus componentes, trabajados minuciosamente por el artista, y sentir que a veces oscilan de forma imperceptible como queriendo desprenderse de la pesadez que implica la materia.

En *Máscara Ceremonial* ha utilizado colas de caballo blanco, tela y resina de poliéster, de forma que crea una especie de negativo de la cara, un vaciado de la cabeza, configurando una inquietante pantalla de crines.

Frente a la socialización exterior de la imagen del individuo (la forma de vestirnos, de peinarnos, la idea que deseamos proyectar de nosotros mismos al exterior, la identificación de nuestros signos con un grupo o con un status determinado), Javier Pérez nos habla de “la transformación de la visión externa como una metáfora de la construcción del individuo”.

La no revelación del rostro, su ocultación a la mirada, nos remite de nuevo a los límites entre el interior y el exterior del ser. El recurso de la máscara, un símbolo mágico para la metamorfosis física y psíquica, viene siendo constatada desde las pinturas rupestres del paleolítico con unos referentes y sentidos tan extensos como sus funciones (funeraria, ritual, ornamental, lúdica, de protección física o espiritual, de seducción, etc.). Recordemos que los chamanes utilizaban estas prótesis no para asemejarse o imitar al animal, sino para serlo en el momento en el que se cubrían con la máscara.

Francesco Pellizzi, reflexionando sobre este tipo de objetos rituales, dice que “actúan como mediadores de las fuerzas que expanden los dominios de la realidad, y recogen todo lo que puede ser concebido, incluyendo la ausencia o el no ser (...). En este sentido, esos objetos, y la música y acciones que interpretan, son realmente simbólicos: es decir, son objetos que conectan reinos que pueden reconciliarse conceptualmente o expresar una realidad por signos equívocos, pero que deben -es una condición de su presencia en la conciencia- unirse a través de la acción simbólica de las cosas”.

En el caso de Javier Pérez sucede algo tan extraño como una transmutación de papeles donde el portador se transforma en objeto y la máscara misma en sujeto. Esta fusión entre objeto y sujeto no deja de ser una lucha de identidades que se nutre del afán por desvelar lo más vulnerable de todo: quiénes somos realmente

(...)